

ENTREVISTA CON ALICIA PULEO¹: REFLEXIONES SOBRE EL ECOFEMINSIMO

LORRAINE KERSLAKE YOUNG

Universidad de Alicante/ GIECO/Instituto Franklin

Introducción

Desde principios de los años ochenta la crítica ecofeminista ha señalado cómo el modelo de explotación patriarcal-capitalista que nos ha llevado a la crisis ecológica actual, se desarrolla de espaldas a la Naturaleza y es manifiestamente ajeno a la ética del cuidado. En la actualidad es necesario repensar los parámetros socio-culturales que han cosificado la naturaleza y la han subordinado a una lógica de explotación meramente economicista en un contexto neo-liberal. Sin embargo, no nos podemos limitar a reflexionar sobre los cambios climáticos y la crisis ecológica que estamos viviendo considerándolos simplemente como un problema de 'estilo de vida'; hay que ir más allá y cuestionar los niveles de producción y consumo que se siguen promoviendo dentro de la burbuja capitalista de la (post) modernidad y proponer soluciones urgentes.

En este sentido, el libro de Alicia Puleo, *Ecofeminismo para otro mundo posible*, resulta imprescindible. Puleo nos presenta una nueva Ariadna, hija de las teorías feministas y la ecología. El ecofeminismo crítico que propone Puleo responde a una reflexión no sólo ética, sino también socio-política sobre

1. Alicia Puleo es doctora en filosofía y directora de la Cátedra de Estudios de Género de la Universidad de Valladolid. Pionera en el ecofeminismo, es la máxima representante del ecofeminismo en España. Es autora de numerosos artículos y libros, incluyendo *Dialéctica de la sexualidad. Género y sexo en la Filosofía Contemporánea*, Cátedra, Madrid, 1992; *El reto de la igualdad de género. Nuevas perspectivas en Ética y Filosofía Política*, Editorial Biblioteca Nueva, Madrid, 2008. Su último libro es *Ecofeminismo. Para otro mundo posible*, Cátedra, Madrid, 2011.

las relaciones de los seres humanos con la Naturaleza. Es un ecofeminismo que reivindica los principios de la igualdad y que propone fomentar la universalización de la ética del cuidado no sólo en relación con el ser humano, sino también con los animales y la Naturaleza a la vez que se abre a un diálogo intercultural y afirma un sentimiento de compasión como vía hacia una nueva cultura ecológica. Puleo critica con inteligencia y rigor la globalización neoliberal, denunciando las injusticias sociales y desigualdades, pero también nos propone unas claves teóricas y prácticas para labrar un futuro más sostenible: defiende su afirmación de que otro mundo es posible mientras reflexiona sobre conceptos como la libertad, la igualdad o la sostenibilidad.

Sin embargo, quedan pendientes varias preguntas: ¿necesitamos con urgencia una catarsis social radical? ¿Es realmente posible una teoría feminista que piense y trate los problemas de nuestra época? Y en ese caso, ¿cuáles serían los principales rasgos de un ecofeminismo crítico? En la siguiente entrevista Alicia Puleo nos responde a estos interrogantes a la vez que nos explica los rasgos fundamentales del ecofeminismo crítico como corriente de pensamiento y movimiento social.

¿Qué significa 'ecofeminismo' para ti?

Entiendo el ecofeminismo como el reconocimiento de dos asignaturas pendientes de la ética y la filosofía política. Por un lado, tenemos la tarea iniciada pero no culminada de llegar a una sociedad y a una cultura que sean realmente igualitarias y no androcéntricas; por otro, la certeza de que es necesario hacer algo para detener la cuenta atrás del cambio climático, de la contaminación ambiental y de la destrucción de la biodiversidad. El *feminismo* es una filosofía y una práctica con una larga historia. Como teoría articulada se remonta al siglo XVII, como movimiento social, al sufragismo del XIX. Desde las últimas décadas del siglo XX, tiene un impacto enorme en las ciencias humanas y sociales. Ha cambiado la faz de las democracias modernas. Llamamos *ecologismo* a un movimiento y un tipo de pensamiento mucho más recientes, con menos trayectoria, pero muy potentes también. Se basa en conocimientos de la Ecología y la Economía Ecológica y en perspectivas filosóficas que pretenden superar ese antropocentrismo extremo que ve a la Naturaleza como un simple recurso, como un mero instrumento para el ser humano. La hermenéutica ecofeminista articula, de una manera propia, conceptos, análisis y modelos aportados por el feminismo y el ecologismo, señalando las conexiones entre la subordinación del colectivo femenino y el modelo del dominio sobre la Naturaleza. Pienso que esta articulación no ha de hacerse en detrimento del

feminismo ni del ecologismo, sino, por el contrario, reforzando a ambos en su tarea de alcanzar un mundo mejor.

En cuanto a mi propia posición ecofeminista, tal como la he desarrollado en detalle en el libro *Ecofeminismo para otro mundo posible*, la he llamado *ecofeminismo crítico* para señalar la necesidad de conservar, debidamente revisado y actualizado, el legado ilustrado de lucha contra el prejuicio y de igualdad y autonomía de las mujeres. Para resumir sus grandes líneas en un par de frases, diré que asumo una conceptualización nominalista del género, llamo a un diálogo intercultural, en especial con las culturas latinoamericanas, propongo una aceptación prudente de la ciencia y la técnica, una universalización de las virtudes del cuidado aplicadas a los humanos y al resto de la Naturaleza (universalizar en el sentido de enseñar las actitudes del cuidado a los varones y no esperarlas sólo de las mujeres) y una ética de la justicia y la compasión más allá de nuestra especie.

¿Existe un único ecofeminismo o, por el contrario, deberíamos hablar de «ecofeminismos»?

Se ha dicho que existen tantos ecofeminismos como teóricas ecofeministas. Lo que justifica el uso del término «ecofeminismo» en singular es que todos tienen en común ese acercamiento y esa articulación de aportaciones del feminismo y del ecologismo a la que me he referido para definirlo. Pero cuando nos detenemos a examinar las distintas propuestas ecofeministas, vemos grandes diferencias. Algunas de ellas pueden explicarse por los intereses y la formación inicial de las pensadoras puesto que ponen el énfasis en aquello que conocen bien. Por ejemplo, las teólogas se han interesado por el papel de las narrativas religiosas monoteístas en el sojuzgamiento de las mujeres y la Naturaleza. Algunas han propuesto relecturas de la religión ginecocéntricas; otras, un retorno de Dios a la Tierra que evitara el profundo dualismo y jerarquización inherentes a los conceptos de Naturaleza y Espíritu, cuerpo y alma, mujer y hombre. Algunas sociólogas, por su parte, se han decantado por un abordaje socioeconómico gracias al cual han logrado hacer visible la similitud entre el trabajo doméstico no remunerado de las mujeres y los servicios de la Naturaleza que no son computados en el coste de la producción. Activistas altermundialistas y anticolonialistas como Vandana Shiva ponen de relieve las injusticias Norte-Sur y denuncian el «mal desarrollo» exportado por las multinacionales, un mal desarrollo que causa miseria, deslocalización de las poblaciones originarias, hambre, enfermedades, pérdida de la biodiversidad y desaparición de la diversidad cultural, aplastada por el modelo único del capitalismo neoliberal. A partir de los noventa, algunas filósofas

hemos atendido, como es lógico, a lo que nuestra disciplina ha dicho sobre las mujeres y la naturaleza y, partiendo de enfoques constructivistas, hemos extremado el cuidado en la conceptualización de los sexos con el fin de evitar cualquier esencialismo que adjudicara a hombres y mujeres una naturaleza opuesta irreductible. Independientemente de estas características debidas a la formación e intereses de cada una, se puede también, por supuesto, diferenciar tendencias. Esquemmatizando de una manera, quizás, demasiado sumaria, distinguiría entre ecofeminismos con componentes místicos y otros de que se orientan a una perspectiva materialista.

Históricamente las raíces del ecofeminismo provienen de la unión entre la militancia feminista con la ecologista, y el papel de la mujer como mediadora entre naturaleza y cultura. Sin embargo, en tu libro sostienes que ser ecofeminista no implica afirmar que las mujeres estén de manera innata más ligadas a la Naturaleza y a la Vida que los hombres. ¿No es esto contrario a las voces promotoras del ecofeminismo como Vandana Shiva?

Voy a remontarme un poco al origen de la cuestión. Simone de Beauvoir en *El Segundo Sexo* denunció que la legitimación patriarcal de la exclusión de las mujeres de la Cultura se había hecho a partir de su designación como Otro, como Madre Tierra, como Naturaleza. Esta idea fue desarrollada en el terreno de la antropología por Sherry Ortner. Ortner sostuvo que todas las culturas veían en La Mujer una mediadora entre la Naturaleza y la Cultura por sus tareas de crianza y de preparación de los alimentos. A partir de esta constatación, algunas ecofeministas de finales de los años setenta del siglo XX desarrollaron un pensamiento esencialista, aceptando la tradicional bipolarización de los sexos. Las mujeres, desde su punto de vista, eran realmente seres más cercanos a la Naturaleza, eran dadoras y cuidadoras de la Vida mientras que los varones eran seres agresivos biológicamente destinados a la guerra. En los ochenta, este ecofeminismo «clásico» fue criticado por Vandana Shiva que, como seguidora de las ideas de Mahatma Gandhi, recordó oportunamente, valiéndose de la figura del célebre pacifista, que no todos los varones responden a semejante esencia destructora. Pero la misma Shiva fue acusada por algunas feministas de su país de proceder a una esencialización e idealización de «la mujer de la India», olvidando los factores de clase y de contexto rural o urbano. No voy a entrar en esta compleja polémica sobre la obra de Shiva. Sólo diré que las obras ecofeministas de corte filosófico que se han ido elaborando a partir de los años noventa del siglo XX han evitado caer en una visión estereotipada de los sexos. Mi propio trabajo se enmarca en esta voluntad de análisis de la cultura y confianza en su transformación.

¿Es posible un ecofeminismo sin perspectiva de género?

La perspectiva de género es una poderosa herramienta de análisis para comprender los procesos culturales que construyen las identidades sexuadas. Ha servido y sirve para percibir y hacer visibles la desigualdad, la discriminación y los prejuicios de sexo, siempre que se le otorgue un contenido crítico, por supuesto. Ya que el concepto de género y de sistema de sexo-género también son en algunos casos utilizados por las ciencias sociales con un carácter meramente descriptivo como cuando se dice, por ejemplo: en tal sociedad, las mujeres se ocupan de esto y los hombres de aquello, las normas para el colectivo femenino son éstas y para el masculino son estas otras, etc. Al incorporar el concepto de género en el último tercio del siglo XX, el feminismo le dio un uso y un significado éticos, referidos a valores y a lecturas de filosofía política que trascienden con mucho el simple uso descriptivo. Nociones como la de justicia, igualdad o no discriminación pertenecen a este registro. Cuando hablo de género en mis escritos ecofeministas, asumo el concepto en esa doble acepción descriptiva y crítica propia del feminismo. Hay feministas que prefieren no utilizar este término, no es mi caso.

En tu libro afirmas que «Necesitamos pensar la realidad de nuestro mundo actual con las claves que nos proporcionan el feminismo y el ecologismo». (Puleo 2011: 403) ¿Cuáles serían esas claves?

No puedo en el espacio de esta entrevista profundizar todo lo necesario en esta cuestión pero al menos daré algunas pistas. Esta pregunta conecta con la anterior ya que considero que la perspectiva de género, en tanto revela características adscriptivas de las identidades, puede ser utilizada para desmontar mecanismos destructivos basados en la dominación de la Naturaleza. Para darte algunos ejemplos sencillos, figuras como el cazador, el torero, la seductora con abrigo de pieles, la chica de la publicidad que parece ser vendida junto con el coche más potente del mercado son algunos de los esperpentos patriarcales contrarios a esa necesaria nueva cultura ecológica del siglo XXI. El patriarcado en tanto sistema de socialización, siempre ha creado identidades de género. La virilidad tiene una larga historia como modelo de dominación y la feminidad como su complemento de placer, reproducción de la vida a través del invisibilizado trabajo doméstico y apoyo emocional para el ego. Estos estereotipos funcionales para la organización patriarcal subsisten hoy en alianza con el capitalismo de consumo.

El ecologismo nos aporta la perspectiva holística para comprender que vivimos en ecosistemas en los que todos los elementos están interrelacionados

y dependen unos de otros. Nos advierte que caminamos hacia un abismo sin retorno y que es hora de descubrir formas más agradables de vivir, desde la alimentación a la administración de nuestro tiempo (lo cual no significa volver a una sociedad primitiva, ni mucho menos). También nos brinda una visión superadora del antropocentrismo, de esa mirada narcisista e ingenua de nuestra especie que piensa al *anthropos* como centro del mundo, como dador de sentido de todo lo existente.

Al denunciar el subtexto androcéntrico de dominio sobre el mundo natural no humano propio del paradigma del guerrero y del conquistador, al mostrarnos otras formas de relacionarse con la Naturaleza a través del cuidado, el ecofeminismo nos permite tomar distancia con respecto a la sociedad consumista, devastadora e individualista que nos rodea.

¿Crees que es realmente posible construir una sociedad justa donde prime la igualdad y sostenibilidad?

Hay algo absolutamente seguro y es que no avanzaremos hacia un mundo mejor si carecemos de un horizonte regulativo hacia el que dirigirnos. En nuestra época, tras el final de los Grandes Relatos, ya no tenemos el consuelo de una Filosofía de la Historia optimista, ese tipo de relato proveniente de la religión, de la fe positivista en la ciencia y la técnica o de la confianza en el poder del sujeto revolucionario. Hoy vivimos en la incertidumbre. Año tras año, a principio de curso, pregunto en la Universidad a mis estudiantes cómo ven el futuro de la humanidad y constato en general un gran pesimismo. Es una especie de test informal que vengo haciendo desde hace unos quince años. Sus respuestas no son, por lo tanto, algo que tenga que ver con la crisis económica actual, sino con un proceso mucho más hondo y complejo. Es, probablemente, para decirlo en términos frankfurtianos, la culminación de la dialéctica de la Modernidad. A tu pregunta sobre si creo en la posibilidad de construir una sociedad justa y ecológicamente sostenible, contestaré, pues, con una frase de Gramsci que me parece realmente afortunada: «pesimismo del intelecto, optimismo de la voluntad». Dicho esto, agregaré que advierto también avances realmente asombrosos en algunos frentes transformadores. La creciente extensión de la lucha en defensa de los animales no humanos, por la igualdad más allá de la humanidad, me parece un signo de generosidad y voluntad de justicia que me devuelve la fe en nuestra especie. Y los mismos medios tecnológicos por los que tiene hoy lugar una globalización neoliberal que explota y destruye a un ritmo que nunca había sido posible antes, pueden ser utilizados para luchar por ese otro mundo posible. Un ejemplo sencillo: actualmente, participamos en recogidas de firmas en campañas que

se interesan por humanos, animales y ecosistemas lejanos que probablemente no conozcamos nunca y que, sin embargo, suscitan nuestra empatía, nuestra indignación, nuestra acción. Internet y sus redes sociales constituyen un ámbito virtual que nos permite conocer hechos que, muchas veces, los medios de comunicación silencian. Y no se trata sólo de recibir información sino de intercambiarla y actuar en consecuencia como una sociedad global que se preocupa por una Tierra común.

¿Qué papel tendría que jugar el ecofeminismo dentro de la Ecología política?

He sostenido que el ecofeminismo es, por su mismo punto de partida feminista, un ecologismo social, que se pregunta por las conexiones existentes entre la explotación que se ejerce sobre la Naturaleza y la que sufren los seres humanos. El ecofeminismo es la conciencia de género de la Ecología Política. Esto no significa que sea una sección especial de la Ecología Política y que se subsuma en ella. El ecofeminismo, como el feminismo en general, es múltiple y conviene que conserve su independencia y su diversidad. Pero como compañero de ruta de la Ecología política, ha de advertir sobre los sesgos sexistas, sobre las inercias patriarcales dentro de la misma Ecología política. Así lo vio Petra Kelly, la co-fundadora de los Verdes alemanes, que recordaba a sus compañeros que debían superar las actitudes patriarcales y tratar a las mujeres del movimiento con camaradería y espíritu de igualdad. Algunas estudiantes que han participado en movimientos de jóvenes ecologistas me han comentado que, en algunos casos, se encontraron con patrones similares a los del resto de la sociedad: se les encargaban tareas anónimas y cotidianas pero cuando se trataba de ir a representar al grupo en algún medio de comunicación, casi siempre se elegía a un varón. Vemos, pues, que el ecofeminismo tiene un papel muy importante para evitar que se reproduzcan los antiguos prejuicios y mecanismos discriminatorios de género en el interior de uno de los movimientos más vanguardistas que conocemos.

¿Qué hay que hacer para ser una verdadera ecofeminista del siglo XXI?

¡No pretendo dar normas! Creo que hay muchas maneras de ser ecofeminista del siglo XXI y que, en cierta medida, dependen de nuestro contexto (rural o urbano), de nuestras creencias (religiosas o ateas), de nuestras actividades, (profesionales, familiares, políticas, culturales, etc.). La agenda ecofeminista no está cerrada, está, por el contrario, en plena elaboración. No obstante, puedo señalar algo que sería básico y común a todas las posibles formas:

autenticidad en el sentimiento, más allá de las modas pasajeras, y voluntad de cambio social. El ecofeminismo no puede quedarse en una práctica solitaria de perfeccionamiento personal o en un *trend* que se abandone en cuanto una revista dicte reglas antifeministas y antiecológicas para alcanzar un supuesto *glamour* y estar en la cresta de la ola. El ecofeminismo es razón y pasión transformadoras. Considero que puede llamarse praxis ecofeminista aquella que permita avanzar hacia un mundo más igualitario, no sexista, no androcéntrico, orientado a la sostenibilidad y menos antropocéntrico. Numerosas personas conscientes en el mundo buscan estos objetivos del ecofeminismo, aunque no se autodenominen ecofeministas. Reciclando, educando para el cuidado medioambiental, practicando distintas formas de activismo ecológico y decrecentista, defendiendo a los animales no humanos, produciendo según métodos de la Agroecología, organizando redes de distribución y consumo ecológicas y de comercio justo, luchando contra la pérdida de los territorios y los bienes naturales. En un sentido amplio, todas estas formas de acción, desde el plano local hasta el ciberactivismo, pueden ser consideradas ecofeministas si se acompañan de una visión no sexista y llevan a la creación de una nueva cultura de la igualdad y la sostenibilidad.

A pesar del desarrollo del ecofeminismo en otros países europeos o en EEUU, parece ser que el ecofeminismo no ha alcanzado las mismas cotas de participación en países como España o en América Latina ¿A qué factores crees que se debe?

Me he preguntado muchas veces sobre esta cuestión. La respuesta más inmediata es, indudablemente, que su desarrollo depende del grado de extensión de las ideas ecologistas entre la población en general y en los medios intelectuales. Ahondando un poco más, podemos decir que, en el mundo anglosajón, se dio antes un desarrollo industrial que facilitó a su vez el descubrimiento temprano de la cara menos amable de la sociedad química: los efectos de la contaminación en la salud humana y la desaparición de la biodiversidad. Remontándonos más aún en el tiempo y en las series causales, encontramos una diferencia sociocultural aparentemente ajena a la pregunta que me planteas: la Reforma protestante como interiorización de la relación con lo trascendente, motor del capitalismo inicial (y, por lo tanto, del desarrollo tecnológico moderno), como apuntara Max Weber, y punto de partida del posterior ideal de autonomía de la Ilustración. La actitud escéptica frente al ecologismo que puede observarse en tantas personas de los países fuertemente marcados por siglos de catolicismo puede relacionarse con la costumbre de asociar todas las normas, sean racionales o irracionales, a una imposición exterior. Frente a las

normas, en especial frente a las nuevas como es el caso de las exhortaciones ecologistas, en vez de practicar el juicio crítico, tal como lo aconsejaba Kant con su *sapere aude* y decidir si deben ser aceptadas o rechazadas, el individuo adopta una posición de incredulidad sistemática que, a la postre, revierte en un conformismo paralizante. La expresión «de algo hay que morir», que he oído tantas veces cuando se intenta concienciar sobre la toxicidad de ciertas sustancias que se están introduciendo en el medio ambiente a expensas de la salud, es un ejemplo de esta actitud transgresivo-conformista. Otro factor a tener en cuenta es la relación con el paisaje. Se ha señalado que el ecologismo ha tenido una implantación más rápida y profunda en aquellos pueblos que admiran y respetan a los bosques hasta el punto de asociar su identidad con ellos. En culturas en las que el árbol es visto como un obstáculo que hay que suprimir para alcanzar el desarrollo moderno, el camino al ecologismo y al ecofeminismo es mucho más pedregoso (y la metáfora es aquí doblemente pertinente).

¿Cuáles crees que son los principales retos a los que se enfrenta el ecofeminismo hoy en día?

Son muchos más pero destacaré tres: desafiar la falta de información sobre la cara oculta de la sociedad de consumo y ofrecer modelos alternativos, combatir los estereotipos sobre el ecofeminismo y enfrentarse a la Contrarreforma Patriarcal en marcha.

El primero lo comparte con el ecologismo. Gracias a Internet y a sus redes sociales, actualmente se puede tratar de contrarrestar el silencio sobre la faz perversa de la sociedad de consumo. ¿A qué me refiero al hablar de «faz perversa»? A todos los aspectos ligados a la aceleración de la producción y del beneficio de unos pocos que redundan en muchos males para el resto: la deslocalización de la producción a países en donde es posible explotar y contaminar sin trabas para producir a bajísimo coste para el Primer Mundo (de vez en cuando los medios de comunicación también se hacen eco de esta infamia, por ejemplo, tras el derrumbe de la fábrica textil de Bangladesh que mató a más de 600 obreros, en su mayoría obreras), la inimaginable tortura sufrida en criaderos y mataderos por millones de animales destinados al consumo humano, el aumento de las enfermedades causadas por la contaminación (sobre todo en mujeres debido a sus características hormonales y en niñas y niños por ser cuerpos en formación), desde la hipersensibilidad química múltiple a distintas formas de cáncer, la acelerada desaparición de especies animales y vegetales, el cambio climático que los telediarios se esfuerzan por banalizar con frases como «estos datos no son normales para la estación pero se

dio un fenómeno similar hace 40 años», etc., etc., la lista sería interminable. Informarnos sobre esta cara perversa es una obligación moral y una responsabilidad política. A partir de esta toma de conciencia, buscar y probar modos alternativos de vida más sanos, solidarios y satisfactorios.

El segundo reto es específico del ecofeminismo. Hay que combatir los lugares comunes sobre lo que es el ecofeminismo. Este es uno de los retos que tenía en mente al elaborar una teoría ecofeminista que no renegara del legado feminista de la Modernidad, es decir, de la reivindicación de la autonomía e igualdad para las mujeres. Hasta hace unos años, aún ahora incluso, muchas feministas creen que el ecofeminismo es sinónimo de identificación de mujer y maternidad. Lo imaginan como una utopía primitivista, como un retorno a comunidades tradicionales. Creen que promueve estereotipos femeninos patriarcales. Indudablemente, puede haber ecofeminismos que sean así, pero, desde luego, no lo son todos, ni es así el ecofeminismo crítico que yo propongo.

Finalmente, el tercer reto es afrontar lo que he llamado Contrarreforma Patriarcal. Cada vez que se han producido avances emancipatorios para las mujeres en la Historia ha tenido lugar una reacción sexista y hasta misógina. Así fue tras la primera y la segunda ola del feminismo, como lo ha demostrado Susan Faludi en *Backlash*. Veo signos de que se está produciendo un nuevo ciclo reaccionario hasta en países que han sido pioneros en políticas de igualdad, como los nórdicos. Un indicio de este proceso es, por ejemplo, el escandaloso caso del nuevo programa de la televisión danesa en que las mujeres deben desnudarse en silencio mientras dos varones juzgan las distintas partes de sus cuerpos y hacen comentarios degradantes sobre ellos. Quizás las protestas logren que se deje de emitir, pero, en todo caso, el intento de cosificar y denigrar ya se ha manifestado. Las cifras de violencia de género en la pareja en todo el mundo y los feminicidios en ciertas zonas de América Latina son, asimismo, elocuentes fenómenos de reacción ante mujeres que se independizan o ya no se pliegan fácilmente a las exigencias patriarcales. Los fundamentalismos religiosos son otro motor de la Contrarreforma Patriarcal. En nuestro país, por ejemplo, se expresa en una propuesta de ley de interrupción del embarazo que es un retorno al pasado y una negación de las mujeres como sujetos autónomos capaces de una maternidad consciente. Hasta en ciertas tendencias del ecologismo se puede percibir un intento de devolver a las mujeres al hogar y a su función de madres a tiempo completo en nombre de lo natural. Frente a esta Contrarrevolución Patriarcal que nos reduce a cuerpos para el placer o para la crianza, el ecofeminismo tiene que afirmar, alto y claro, que las mujeres somos personas y que no vamos a renunciar a los espacios de libertad conquistados por la lucha feminista de las que nos precedieron.